

## LA PLANTA DE LA MUERTE

por

MICHAEL GWYN

Nadie sabía realmente dónde tuvo su origen el extraño relato.

Algunos escépticos, entre ellos yo mismo, sospecharon que el mismo Rheingelder inició la historia. Sea como sea, y cualquiera que fuese su origen, llegó a ser el tema del ingenio y de la chismografía del pueblo durante un corto período, transcurrido el cual se sumergió en el pasado, quedando olvidado.

Pero yo tengo buenos motivos para no olvidarla nunca.

—¿Qué motivo?—es la involuntaria pregunta que brota de todos los labios.

Mi contestación es la historia.

Existen algunos ingleses que podrían vivir lo mismo en Tooting que en Port Said.

Para ellos la tierra es un lugar donde se come, duerme y bebe, cosas que uno puede hacer en cualquier punto del globo.

Sin embargo, esos seres son más felices quizá que el tipo de hombre que se mezcla y habla con los naturales de una ciudad, pues los embustes y las leyendas y el atractivo algo esplendoroso de estas últimas han provocado muchos extraños sucesos.

La tragedia de Rheingelder era una de tantas, y sin embargo, yo no afirmaría fuese una mentira o una leyenda lo que le indujo a partir en su viaje que terminó de manera tan extraordinaria y, para Rheingelder, tan trágicamente.

Este era un alemán que a primera vista producía la impresión de ser un hombre-cillo insignificante, pero en seguida se veía que se trataba de una falsa impresión, pues

era muy vivaracho y enérgico. Algunos le apodaban "el irresistible" y ciertamente, daba la impresión de que no había nada que le pudiese impedir que llegase al fin propuesto.

Su entusiasmo era contagioso, y no le habría nunca llevado en mi barco, ni hubiese escuchado su fantástico cuento, de no haber sentido un vivo interés y una ilimitada confianza en él.

Unos cinco minutos después de habernos presentado, me dijo que deseaba fletar mi barco. En su manera característica no me permitió acceder ni rehusar, y dió por supuesto que mis servicios quedaban aceptados inmediatamente.

Era relativamente rico, declaró, y podía pagarme bien.

¿Su destino?

—¡Ah!—me dijo sencillamente, con sublime y sería ingenuidad.—Buscaba dos flores que crecían juntas en el mismo tallo.

Una era la flor de la vida y la otra la de la muerte. Si se arrancaba la flor de la vida, el desgraciado a quien correspondía la planta moría con el brote, pues de todos modos algún día, a una hora señalada, la flor de la muerte enredaría y estrangularía a su compañera poniendo así fin a una vida.

Rheingelder afirmó con absoluta calma:

—Encontraré mi planta, y mataré al brote de la muerte...—Hizo una pausa momentánea y me miró fijo, o más bien, miró a través de mí, al mar lejano:—Entonces—cuchicheó—entonces, seré inmortal.